

El pensamiento político y la acción revolucionaria de Juan Pablo Duarte¹

Francisco Alberto Henríquez Vásquez

No se ha cumplido todavía un mes de haber celebrado la Nación el 179º aniversario del natalicio de Juan Pablo Duarte y hoy, vísperas del nacimiento de la República, fruto de sus desvelos y de su sacrificio, esta alta casa de estudios, primera de América, atendiendo a las sugerencias del benemérito Instituto Duartiano, inaugura la cátedra que llevará su nombre, haciendo recaer sobre mis escasas fuerzas y reducida capacidad las palabras de su solemne instalación en este acto. El título indicado en la resolución, reza así: *El pensamiento político de Duarte*. Pero Duarte fue, como lo prueba la historia, también un hombre de acción, por lo que me voy a permitir extenderlo, para que se lea así: *El pensamiento político y la acción revolucionaria de Juan Pablo Duarte*.

He dicho repetidas veces, refiriéndome a Juan Pablo Duarte, que es grato el homenaje que la Nación le rinde cada año, al que ahora se sustenta significativamente la Universidad Autónoma de Santo Domingo, porque además de ser el más puro y sacrificado de sus fundadores, fue el primero en la idea y

1. Conferencia inaugural de la “Cátedra Extra-Curricular Juan Pablo Duarte”, pronunciada el 26 de febrero de 1992 en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, publicada por el Instituto Duartiano, Museo y Casa de Duarte, Santo Domingo, s/f, 24 pp.



en la acción. A ello se debe que solamente las fiestas patrias del 27 de febrero y del 16 de agosto, aniversarios del nacimiento y resurrección de la República, tienen mayor significación para el pueblo dominicano que el 26 de enero: Día de Duarte. Y es que el fundador de La Trinitaria, además de los méritos antes señalados, ostenta entre otros el título de forjador de la conciencia nacional de los primeros dominicanos que, con él a la cabeza, se lanzaron a la conquista de nuestra independencia, proclamando la existencia de la nación dominicana y allanando el camino al nacimiento y organización de la República.

Es cierto que en el año 1838, cuando Duarte fundó la sociedad secreta La Trinitaria, ya hacía largo tiempo que el pueblo dominicano, como agrupamiento humano diferenciado, constituía una nacionalidad. Allá, colocados de espaldas a esta realidad, como lo que quieran ser ¡menos dominicanos! quienes quieran negarlo. Pero no así los que conociendo y reconociendo su épica lucha frente a todos los infortunios imaginables, saben que de todas las nacionalidades americanas surgidas de la crisálida colonial, ninguna se vio tan amenazada de muerte, como la dominicana antes y después del parto milagroso de su emancipación.

Duarte aparece así, junto a la pléyade de forjadores de naciones y repúblicas americanas, galardonado con méritos excepcionales. ¡No exageramos...! Al hacer su aparición en nuestro panorama político La Trinitaria, nadie en el país tenía conciencia de que el pueblo dominicano constituía una nacionalidad y gozaba de actitudes para forjar su propia nación, porque:

1) Era dueño de un territorio perfectamente definido, que había defendido a punta de lanza y a filo de machete desde los días de la invasión inglesa de 1655;

El pensamiento político y la acción revolucionaria de Juan Pablo Duarte

2) Hablaba un idioma común a todos sus componentes;

3) La economía del oro primero, luego la del azúcar, después la del ganado (pieles), había entrelazado y soldado las diferentes partes de ese territorio; y

4) Había forjado una cultura propia producto de la fusión de la indígena con la española y la africana, proceso de transculturación que le daban al dominicano formas peculiares de ser: idiosincrasia.

Y, sin embargo, para esa época, todos los elementos de la sociedad dominicana a quienes correspondía jugar tan honroso papel, o se habían sumado a la diáspora iniciada en 1795 con el Tratado de Basilea, o habían rendido sus voluntades a la dominación haitiana.

De ahí el culto a Duarte y su exaltación, cada vez que una crisis ha amenazado las instituciones democráticas y la soberanía de la Nación Dominicana. Al final del esbozo de su figura egregia, primero de 17 ensayos de que consta su obra titulada *Siluetas*, publicada en 1902, al término de doce años de férrea dictadura, cómplice de las acciones dolosas de la San Domingo Improvement Co., apoyada por el gobierno de los Estados Unidos; cuando la Nación, además se veía amenazada por perentorias reclamaciones de Francia y por el fantasma de la subversión contra el Estado de derecho, Miguel Ángel Garrido, pluma de periodista rebelde, siempre al servicio de las causas sagradas de la patria, estampó con pulso decidido la oración siguiente:

“Tú gloria, ¡oh Duarte, no tiene eclipse! Padre de la Patria en la cruzada de la independencia, erguido en la cruzada de la Restauración, bajaste a la tumba como un sol de llamas que se hunde en el abismo, dejando a tus hermanos en la miseria —ellos que fueron ricos y ofrendaron a la patria sus riquezas!—



y legándoles como único patrimonio la locura, y el hambre, y la eterna impiedad de sus conciudadanos. ¡Más grande que tú... ni la Patria misma, iba a exclamar entusiasmado!"

Ese juicio de exaltado reconocimiento al patriotismo de Juan Pablo Duarte, vertido por Miguel Ángel Garrido en su obra citada de comienzos de siglo, representó en su hora un acto necesario de reparación histórica que se inició con la Guerra Restauradora y con la instalación de la Segunda República, legado a las generaciones siguientes por Gregorio Luperón, Fernando Arturo de Meriño, Emiliano Tejera, Máximo Gómez, José Gabriel García, Federico Henríquez y Carvajal y cuantos lucharon a partir de entonces por el ideal incumplido de una patria libre, próspera y feliz, dirigido a salvar del olvido y a reconocer al forjador de La Trinitaria, como Fundador de la República, Padre de la Patria y Apóstol de la Independencia dominicana.

Esa labor de rescate se abrió paso por entre los escollos interpuestos por el dictador Ulises Heureaux y emergió triunfante al comenzar esta centuria; se afincó a todo lo largo de la lucha contra la primera intervención norteamericana (1916-1924), tremolando de nuevo junto a la enseña nacional, al instalarse la Tercera República; y, salvando los obstáculos levantados por la tiranía de Rafael Leonidas Trujillo, ha podido ampliarse y calar en la conciencia nacional. Y no podía ser de otra manera, porque esa pléyade de dominicanos ilustres por su saber y por su patriotismo, conoció, estudiaron y tomaron de ejemplo y como guía la trayectoria y el pensamiento del fundador de La Trinitaria. Esos que acabamos de mencionar, junto a sus discípulos y seguidores que se contaron por miles, sabían por ejemplo que el organizador y jefe supremo del movimiento independentista contra la dominación haitiana y



contra toda otra dominación, viniera de donde viniera sobre la Patria de los dominicanos., había actuado obedeciendo a un pensamiento revolucionario de la más alta significación emancipadora, referente a la nacionalidad y a la Nación, cuya fundación fue el objetivo supremo del movimiento que encabezó; con relación a la patria y al tratamiento que debía darse a sus enemigos internos; sobre el Gobierno que debía establecerse para hacer viable, democrática y fuerte la República por él soñada.

Todos ellos, dolidos por la injusticia cometida contra el supremo fundador de la República, exaltaron su grandeza e hicieron suyos los ideales por los que luchó y dejó plasmados en su forma de pensar; pensamientos que el infatigable investigador de nuestra historia Vetilio Alfau Durán, ordenó y publicó en 1969, bajo los auspicios del Instituto Duartiano con el título de *Ideario de Duarte*. De esa obra meritoria, extraemos los pensamientos siguientes:

*“La Nación está obligada a conservar y a proteger por medio de leyes sabias y justas la libertad personal, civil e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen; sin olvidarse para con los extraños, a quienes también se les debe justicia, emanada de los deberes que impone la filantropía”.*²

*“Los enemigos de la Patria, por consiguiente nuestros, están todos muy acordes en estas ideas: destruir la nacionalidad, aunque para ello sea preciso aniquilar a la Nación entera”.*³

2. “Proyecto de Ley Fundamental”. En Vetilio Alfau Durán. *Ideario de Duarte*. Santo Domingo, Editorial del Caribe, 1969, p. 12 (Instituto Duartiano, Vol. IV).
3. “Carta a Félix María Del Monte”. *Ideario*, p. 10.



*“El amor a la Patria nos hizo contraer compromisos sagrados para con la generación venidera; necesario es cumplirlos, o renunciar a la idea de aparecer ante el tribunal de la Historia con el honor de hombres libres, fieles y perseverantes”.*⁴

*“Mientras no se escarmiente a los traidores como se debe, los buenos y verdaderos dominicanos serán siempre víctimas de sus maquinaciones”.*⁵

*“Nuestra Patria ha de ser libre e independiente de toda potencia extranjera, o se hunde la isla”.*⁶

*“El Gobierno debe mostrarse justo y enérgico... o no tendremos patria y por consiguiente ni libertad ni independencia. nacional”.*⁷

*“Vivir sin Patria es lo mismo que vivir sin Honor”.*⁸

Pienso, sin embargo, que de ahora en adelante, no bastará con repetir los pronunciamientos en torno a Duarte, expresados por esos compatriotas que entonces y después, sembraron en la conciencia de sus coetáneos su figura como paradigma del patriota ejemplar, incontaminado e incommovible en sus convicciones. No debemos conformarnos con lo que se ha dicho y se ha hecho en relación con el pensamiento y la acción del patriota ejemplar que, como dijo Martí, en artículo publicado en

4. Recogido por la tradición y publicado desde el siglo pasado en diarios y revistas. *Ideario*, p. 15.
5. “Cartas al Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional Restaurador de Santiago, Caracas, 7 de marzo de 1865”. *Ideario*, p. 13.
6. *Íbidem*, p. 14.
7. “Carta a Félix María Del Monte”. *Ideario*, p. 9.
8. *Íbidem*.



el periódico *Patria*, órgano del Partido Revolucionario Cubano editado en Nueva York, el 17 de abril de 1894, urdió:

“(…) en las humildades de *La Trinitaria* (…) la rebelión que, de una pechada de héroes, echó atrás al haitiano, tan grande cuando defendía su libertad como culpable cuando oprimió la ajena”.⁹

La crisis que estremece en este momento a todas las naciones del planeta; crisis que la juventud sufre, presa de la desorientación y la desesperanza, exigen que se vuelva a las fuentes prístinas de los hechos, permitiendo que cada uno de sus componentes pueda palpar y sentir que los héroes del pasado fueron de carne y hueso como ellos, logrando vencer situaciones iguales o peores que las que ellas padecen hoy, razón por la cual merecen ser imitados. Hoy, como resultado de una situación tan excepcional, no basta con proclamar la grandeza que otros entendieron e imitaron en Duarte. Esa grandeza hay que probarla de nuevo, para que otra vez sea entendida e imitada. Y ese objetivo no podrá lograrse, sino fijando nuevamente los contornos del marco histórico y social, tanto nacional e insular, como europeo e internacional dentro del cual vivió, luchó, triunfó y padeció Juan Pablo Duarte.

Duarte nació, como todos sabemos, el 26 de enero del año 1813, hijo del español Juan Duarte Rodríguez y de la dominicana Manuela Díez y Jiménez. Su fecha de nacimiento indica que vio la luz 9 años después de que las huestes de Dessalines, detenidas por el azar frente a las murallas de Santo

9. José Martí. “Adhesión de Patria al monumento a Duarte”. (Artículo publicado en el periódico de ese nombre, órgano del Partido Revolucionario Cubano, New York, 17 de abril de 1894). En Emilio Rodríguez Demorizi. *Martí en Santo Domingo*, 2da. ed. Barcelona, España, Gráficas M. Pareja, 1978, p. 97 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. VII).



Domingo, devastaron con la tea y el pillaje en su retirada hacia Haití, buena parte de las aldeas y ciudades del Cibao, llevando en calidad de rehenes a decenas de familias dominicanas que no regresaron al país, hasta 15 años más tarde, al morir Cristóbal en 1820, rey desde la muerte de Dessalines en 1866. En 1809, es decir, tres años antes del nacimiento de Duarte, Juan Sánchez Ramírez, luego de derrotar al general Ferrand en la Batalla de Palo Hincado, tras un terrible sitio de ocho meses, entró en la ciudad de Santo Domingo, iniciando el segundo período colonial español en la isla (España Boba): régimen que tiene cuatro años instalado, cuando viene a este mundo el vástago de Juan Duarte y Manuela Díez.

Duarte pues, estaba en víspera de cumplir 9 años, cuando el 1º de diciembre 1821, José Núñez Cáceres, al deponer al gobernador español Pascual Real, proclamó nuestra primera independencia de España, poniendo el nuevo Estado que así nacía a la vida independiente, bajo la protección de la Gran Colombia. Diremos de paso, que el único comerciante catalán de la plaza de Santo Domingo, cuya firma estuvo ausente de la representación dirigida a José Núñez de Cáceres, conminándolo a que no otorgara libertad a los esclavos, cumpliendo el compromiso pactado con el jefe de la guarnición de la ciudad, coronel Pablo Alí, fue la de Juan Duarte. Todo lo señalado antes, quiere decir que la infancia de Duarte sin duda alguna tuvo que transcurrir oyendo de boca de sus progenitores, narraciones terribles sobre la invasión de Dessalines en 1805 y sobre el largo sitio de Santo Domingo, que puso fin a la dominación francesa en 1809.

Así pues, antes de llegar a la pubertad, Duarte contempló con sus propios ojos en sucesión relampagueante, dos acontecimientos decisivos para la tierra en que había nacido:



la proclamación del Estado Independiente que incorporaba el territorio dominicano al proyecto bolivariano de la Gran Colombia y la invasión organizada y dirigida por el presidente de Haití, Jean Pierre Boyer, que tronchó de cuajo ese experimento. Dudamos que en el hogar Duarte-Díez, se produjeran las críticas acerbas contra el Lic. José Núñez de Cáceres, calificándolo de imprevisor por haber puesto fin a la dominación española, facilitando los planes del mandatario haitiano, si tomamos en cuenta su negativa a presionarlo para impedir que le diera la libertad a los escasos 9,000 esclavos que entonces había en Santo Domingo. Pero de lo que sí estamos seguros es de que ese gesto de Juan Duarte, no oponiéndose a la manumisión proyectada por el precursor de nuestra Independencia, provocó las simpatías de Boyer y sus acólitos, cuya primera medida, como se sabe, luego de recibir las llaves de la ciudad de manos de Núñez de Cáceres, fue decretar la abolición de la esclavitud.

Después, todo el resto de su infancia, hasta que teniendo apenas 16 años embarcó para Europa vía los Estados Unidos, Juan Pablo no pudo observar una sola medida del ocupante haitiano, destinada a favorecer a su país y a sus compatriotas, ya que todas tendían a borrar la nacionalidad dominicana y a reforzar la coyunda que le había sido impuesta por la fuerza de un ejército de 20,000 soldados. De todas ellas voy a referirme nada más que a una por estas dos razones: primera, porque ella involucra y explica la parte más recóndita y medular de la invasión haitiana de 1822; segunda, porque permitió que Francia, después de ser derrotada en Saint-Domingue en 1804 y en Santo Domingo en 1809, sentara de nuevo sus reales de potencia imperial en la isla, hasta tal punto que la derrota de Duarte y los trinitarios en 1844, más que a Bobadilla, Santana



y sus seguidores, se debió a la injerencia, del cónsul de Francia en Santo Domingo, Eustache Juchereau de Saint-Denys, respaldado por una flota de guerra, bajo el mando del almirante De Moges que estacionada unas veces en la rada de Santo Domingo, otras frente a Puerto Príncipe, estuvo desde 1838 hasta 1846 siempre amenazante, pendiente de los resultados del Plan Levasseur, lista para tomar posesión de la Bahía de Samaná. Pero veamos qué derecho asistía a ese escuadrón naval francés a permanecer en las aguas territoriales de la isla.

El 3 de julio de 1825, una formación naval francesa compuesta de tres navíos y seis fragatas, bajo el mando de dos almirantes, llevando a bordo al Barón de Mackau, quien representaba al rey de Francia, Carlos X, había presentado al presidente Boyer un ultimátum que éste acató, comprometiéndose a pagar una indemnización de 150 millones de francos a los herederos de los antiguos colonos de Saint-Domingue. Para cumplir ese oneroso y antipatriótico compromiso, Boyer promulgó un Código Rural, remedo del implantado por Toussant Louverture en 1801, basado en el trabajo forzado, como fórmula de elevar la productividad de la agricultura, tanto en Haití como en Santo Domingo, al tiempo que anunció a los habitantes de esta parte de la isla, que tendrían que pagar una parte sustancial de lo que era ya la deuda de Haití con Francia.

Duarte, pues, abandonó el país que él consideraba su patria en 1829, llevando grabado en sus oídos la frase que rezaba: “*Esa deuda no es dominicana, sino haitiana*”, que tanto contribuyó a establecer las diferencias nacionales entre dominicanos y haitianos, porque además de estar respaldada por la historia, tenía el apoyo de la propia Ordenanza (ultimátum) de Carlos X, donde no se mencionaba para nada a los habitantes de la



Parte Oriental de la isla. Pero había más en el panorama que Duarte dejaba tras de él al partir para los Estados Unidos, acompañando al comerciante de la plaza de Santo Domingo, Pablo Pujols. La simple promulgación del Código Rural, de Boyer, independientemente de las dificultades con que tropezó su ejecución; los efectos negativos de las confiscaciones que perjudicaron a cientos de familias, como resultado de la Ley del 8 de julio de 1824; la imposición del idioma francés en los actos oficiales y en la enseñanza: la imposición del servicio militar obligatorio, medida utilizada a propósito o no, pero que obligó a la clausura de la Universidad de Santo Domingo. Todas esas medidas y otras de mayor peligro para la esencia de la nacionalidad dominicana, conformaban una realidad que llevaba clavada el joven Duarte en el alma, cuando se produjo el incidente con el capitán del barco en que viajaba hacia Nueva York, al que me referiré aquí, no porque le dé importancia, sino por la connotación racista que con frecuencia se le ha dado y para dejar estampado de paso el pensamiento político con que Duarte enjuiciaba a los opresores de su patria.

La versión más socorrida señala que cuando el rudo marino de nacionalidad española le preguntó a Duarte por su nacionalidad, al éste responder que era dominicano, le dijo en tono hiriente que él no era dominicano, porque su patria no existía, señalándole que su documento de viaje decía que él era haitiano. Casi todos los biógrafos de Duarte dan a entender con diferentes palabras que desde ese momento, avergonzado, juró luchar contra la dominación haitiana; es decir, refuerzan la tesis de los historiadores haitianos que sostienen que el sentimiento antihaitiano fue el único móvil de la lucha que culminó con la proclamación de la República Dominicana el 27 de febrero de 1844. De esa manera, además, también han contribuido a



que se le otorgue miras racistas a la obra del fundador de La Trinitaria. Pero afortunadamente contamos con el testimonio de uno de sus primeros miembros: José María Serra, quien en su opúsculo *Apuntes para la historia de los trinitarios*, relata que estando de visita en su casa, Duarte le dijo:

*“Nada haremos, querido amigo, con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición, sin hacerla servir para un fin positivo, práctico y trascendental. Entre los dominicanos y los haitianos no es posible la fusión. Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo cómo los vence y cómo sale de la triste condición de esclavo para constituirse en nación libre e independiente. Le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor a la libertad y el valor, pero los dominicanos que en tantas ocasiones han vertido gloriosamente su sangre, ¿lo habrán hecho para sellar la afrenta de que en premio de sus sacrificios le otorguen sus dominadores el premio de besarles la mano? Si los españoles tienen su monarquía española y Francia la suya francesa; si hasta los haitianos han constituido la República Haitiana, ¿por qué han de estar los dominicanos sometidos, ya a la Francia, ya a España, ya a los mismos haitianos, sin pensar en constituirse como los demás? ¡No, mil veces! ¡No más dominación! ¡Viva la República Dominicana!”*¹⁰

10. José María Serra. “Apuntes para la historia de los Trinitarios, fundadores de la República Dominicana”. Santo Domingo, Imprenta de García Hermanos, 1887, p. 23. Reproducido en el *Boletín del Archivo General de la Nación*. Santo Domingo, febrero de 1944. En *Ideario*, p. 17.



Ese texto, antesala del juramento con que quedó constituida La Trinitaria, registra un pensamiento político clarísimo que revela tres cosas fundamentales:

1) Que para Duarte lo principal era la independencia de su pueblo, su constitución en una entidad con gobierno propio, como solución de la contradicción básica de opresión Vs. libertad;

2) Que Duarte era un conocedor de la historia haitiana, tanto como de la dominicana, razón por la cual sólo menciona dos ejemplos además del de Haití: Francia y España, únicas potencias que establecieron su dominación colonial en la isla; y

3) Duarte no odia sino admira al pueblo haitiano, actitud que explica la alianza que hicieron los trinitarios con los haitianos del Movimiento de la Reforma en 1843.

Pero veamos dónde, cómo y por qué Duarte adquiere los conocimientos políticos que le llevan al convencimiento de que la nacionalidad dominicana debía y podía constituirse en una nación independiente.

De acuerdo con el *Diario* de Rosa Duarte, que a ratos resulta ser también el de su hermano, Duarte debió permanecer cerca de un año en Nueva York, ya que en esa ciudad perfeccionó el idioma inglés y recibió clases de Geografía Universal con Mr. W. Davis. De ser así, Duarte debió llegar a Europa ya iniciada la década de los años 30, cuando el llamado Viejo Mundo, dominado desde 1814 por los ejércitos de la Santa Alianza formada por Austria, Prusia, Rusia e Inglaterra al derrumbarse el Imperio Napoleónico, era el escenario de múltiples protestas e insurrecciones armadas dirigidas por el Movimiento Romántico, organizado en sociedades secretas que enarbolaban la bandera del nacionalismo y del derecho



de las nacionalidades a regir sus propios destinos, contra las imposiciones, la dominación y el terror de esos imperios. Una rápida relación de esas protestas y movimientos armados, confirmará lo que decimos:

Lisboa: insurrección armada (1817-1820); Polonia: guerra de liberación (1821-1830); Madrid: movimiento armado (1820); Génova: movimiento armado (1821); Milán: procesos (1821-1823); Nápoles: movimiento armado (1820-1821); Grecia: guerra de liberación (1821-1830); Bélgica: revolución (1831); Polonia: revolución (1830-1831); Modena: revolución (1831). Esa Europa de las sociedades secretas y de las barricadas, fue la escuela política de Duarte. Entre esas organizaciones secretas, junto a la Masonería, surgió la de los Carbonarios, que se proponía dar a Italia una constitución moderna. Todos sus miembros estaban abrazando al ideal romántico de la igualdad, la fraternidad, la libertad y la filantropía, como prendas del auténtico patriota. Uno de ellos, que inauguró una cátedra en la Universidad de Turín sobre el Principio de las Nacionalidades, asistió luego a las reuniones en que quedó fundada la Primera Internacional. Se llamaba Guiseppe Mazzini, fundador de la joven Italia. Cito su nombre porque es el romántico con el que tiene mayor parecido Juan Pablo Duarte. El programa de su organización apelaba al pueblo y lo incitaba, mediante el martirio de unos pocos, a sacudirse de encima el yugo de la opresión extranjera. En el trabajo *Duarte romántico*, de Emilio Rodríguez Demorizi, discurso con el que ingresó en el Instituto Duartiano, se lee,

“El hijo de Manuela Díez tuvo el extraordinario privilegio de ser espectador –directo o indirecto– del máximo escándalo romántico de todos los tiempos (...) el estreno de Hernani, el 25 de febrero de 1830, verdadera batalla victoriosa librada contra

*los clasicistas –a la que asistió complacido Chateaubriand, adelantado romántico de Francia– y que devino célebre hasta por detalles pintorescos, como el del chaleco rojo que Gautier ostentaba en la ocasión a manera de enseña desafiante contra los adversarios de Hugo”.*¹¹

Más adelante agrega:

*“En Duarte no hay un solo elemento volitivo que pueda separarse de su ideal romántico, de su ideal de Patria. En ninguna de sus nobles actividades, ni en sus escritos, verso y prosa, ni en los libros que poseía, en ninguna de las excelsas manifestaciones de su vida, está ausente la Patria, encarnación romántica. Hasta cuando el amor lo encadena fugazmente, una y otra vez la Patria está presente y se interpone victoriosa”.*¹²

Y luego pasa el acucioso investigador a revelarnos datos que sirven, además, para fijar el año en que Duarte regresó a su patria, al señalar:

*“Y he aquí un sugestivo testimonio de la repercusión que tuvo en Duarte la representación del drama de Hugo. En su interesante obra **Ayer o Santo Domingo hace 50 años**, Luis E Gómez Alfau ofreció esta noticia sin parar mientes en su importancia: ‘Los chalecos eran generalmente de color blanco o negro. Se comenzaron a usar de otros colores en el año 1832, cuando Duarte regresó de Europa y le trajo a sus amigos como obsequio unos muy finos que estaban de moda en París. A Felipe Alfau le regaló uno rojo muy elegante’. Era ¡nada*

11. Emilio Rodríguez Demorizi. *Duarte romántico*. (Discurso de ingreso en el Instituto Duartiano el 16 de julio de 1969). Santo Domingo, Editora del Caribe, 1969, p. 14 (Instituto Duartiano, Vol. III).

12. *Íbidem*, pp. 14-15.



*menos!, que el chaleco rojo de los románticos, el que lució Gautier, convertido desde entonces en símbolo romántico”.*¹³

A lo dicho antes, prueba inequívoca de la filiación romántica de Juan Pablo Duarte, agrego ahora algunas precisiones que considero no exentas de importancia, al intentar calibrar la gigantesca labor revolucionaria desplegada por Duarte. Siempre ceñido inflexiblemente a principios políticos que tenían por divisa el patriotismo, el coraje, la probidad, la lealtad, la fraternidad y la filantropía, desde que regresa de Europa en 1833 hasta la fecha memorable del 27 de febrero de 1844; y, desde que vuelve a la Patria del primer exilio el 15 de marzo de ese año, hasta el 26 de agosto en que es detenido en Puerto Plata cuando ya declarado traidor a la Patria por Pedro Santana y sus seguidores, es extrañado del suelo natal. Para eso, voy a intentar presentar el pensamiento político de Duarte en acción durante esas breves pero cruciales etapas de nuestra historia.

Diré a manera de introducción al propósito antes señalado, que asombra la perfección y eficacia de La Trinitaria, como organismo conspirativo que supo difundir por todos los ámbitos del país, sobre todo entre la juventud las ideas libertadoras de Duarte. Hay quienes se complacen en afirmar, prevalidos en la falta de noticias al respecto por la forma ultrasecreta en que trabajaban los conjurados, que la organización no pasó de un grupo pequeño y que la conspiración, como labor sistemática, fue abandonada poco después del 16 de julio de 1838. Pero la forma en que se sumaron los pueblos a la proclamación del 27 de febrero en la Puerta del Conde, junto al prestigio adquirido por Duarte en todo el territorio nacional, desmienten esa versión.

13. *Ibidem*, p. 14.



El recto pensar político de Duarte, por otra parte, nunca le permitió envanecerse por los logros alcanzados, dándole una exacta medida de la correlación de fuerzas existentes, entre el movimiento que lideraba y el ocupante haitiano. Siempre estuvo atento a las alianzas posibles, como táctica que facilitará y acelerará el objetivo estratégico de la independencia. En 1841, al viajar a Venezuela, Duarte intentó movilizar la solidaridad de los antiguos emigrados y sus descendientes que habían abandonado a Santo Domingo a causa del Tratado de Basilea de 1795 y de las sucesivas invasiones haitianas, pero no tuvo éxito. En 1843, enterado de la existencia del movimiento de La Reforma, contra el régimen de Boyer, envió a Los Cayos, sucesivamente a dos trinitarios: Juan Nepomuceno Ravelo y Matías Ramón Mella. Este último tuvo éxito en la misión que se le encomendó.

Mella regresó a Santo Domingo el mismo día que estalló la revolución de La Reforma en Praslin el 27 de enero de 1843, trayendo los contactos para que dominicanos y haitianos lucharan unidos por el objetivo común de poner fin a la larga dictadura de Boyer. El 21 de marzo el dictador, derrotado, capituló y partió para el exilio de Jamaica. El día 24 estalló el movimiento en Santo Domingo. Duarte al frente del pueblo, siempre fiel a la línea política trazada, invitó al general Etienne Desgrotte, nombrado jefe de La Reforma en la Parte Oriental por los revolucionarios de Los Cayos, a que se pusiera junto a él, al frente de la multitud. Pero el palacio del Gobierno, residencia del gobernador boyerista Alexis Carrié, defendido por tropas leales que dispararon ocasionando varios muertos y heridos, no pudo ser tomado.

Seis días después, sin embargo, Duarte entró triunfante a Santo Domingo, respaldado por tropas de las guarniciones de San Cristóbal, Baní y Azua, pronunciadas a favor de La



Reforma. Eso permitió que el general Desgrotte se hiciera cargo del Gobierno y que se constituyera la Junta Popular de Santo Domingo, formada por haitianos y dominicanos. La Junta Popular con fecha 7 de abril, mientras fungía de presidente Alcuis Ponthieux y de secretario Pedro Alejandrino Pina, confió a Duarte la misión de formar Juntas Populares en las poblaciones del oriente del país. Resultaba evidente, pues, que en ese momento, fruto de una política correcta diseñada por Duarte, gran parte del poder político se encontraba en manos de los trinitarios.

Ese control político se acentuó, cuando el 15 de junio de 1843 ganaron los trinitarios las elecciones en todo el país, destinadas a escoger los delegados que elegirían los miembros de la Constituyente, programada por La Reforma para reunirse en Puerto Príncipe a breve plazo. Fue entonces que Duarte, consciente de que la marcha de los acontecimientos podía provocar alarma en Haití, se movió en dos direcciones diferentes, seguramente buscando fortalecer por una parte el frente nacional y por el otro mostrar acatamiento a las directrices que llegaban de Puerto Príncipe, pues ya se sabía que Charles (Riviere) Hérard, jefe militar de la revolución de Praslin, nombrado Ejecutor de La Reforma y virtual presidente de Haití, preparaba un fuerte contingente para visitar el Departamento del Norte, predominantemente negro y proclive a la autonomía desde los tiempos de Cristóbal. Esas dos maniobras políticas de Duarte, consistieron en lo que pasaré a explicar.

De una parte provocó el encuentro con Manuel Joaquín del Monte, personaje influyente en los estratos más altos de la sociedad dominicana, cuya filiación haitianista era bien conocida. En esa conferencia de la Casa de dos Cañones, Duarte planteó la necesidad de que todos los dominicanos se



unieran alrededor de la idea de la separación. Pero la reacción de Del Monte, motivada por el pesimismo o el temor, siempre a nombre de la facción que representaba, brindó a Duarte la ocasión de dejar estampado con trazo firme uno de los aspectos notables de su pensamiento político cuando le dijo:

“Que todo pensamiento de mejora en que el sentimiento nacional se inclinara ante la conveniencia de partidos, debía siempre postergarse, porque puesto en ejecución constituye delito de lesa patria”.

Por la otra parte, consciente de que las Juntas Populares tenían para los haitianos antecedentes españoles bien definidos, Duarte organizó en esos días –igual a como se había hecho en el territorio haitiano al triunfar La Reforma– la Comisión de Salud Pública de Santo Domingo, incluyendo en su seno a Mella, Pina, Jiménez y Del Castillo. Pero en uno y otro organismo continuaron los enfrentamientos entre haitianos y dominicanos, cada vez que éstos planteaban el derecho a escoger sus autoridades por el voto popular y a redactar las actas en el idioma español. Uno de ellos de viejo residente en Santo Domingo impresionado por el triunfo de los trinitarios en las elecciones del 15 de junio, había exclamado, consternado:

“¡Estamos perdidos, la independencia de los dominicanos es un hecho!”.

Así se explica que al finalizar el mes de junio de 1843, comandando un ejército de 10,000 hombres, Charles Hérard Ainé (Riviere), Presidente Provisional de Haití y Ejecutor de La Reforma, penetró en el territorio dominicano, apresando a su paso, desde Dajabón hasta Santo Domingo, a cuanto dominicano le resultó sospechoso de ser partidario de la independencia. En su libro *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*, Emilio Rodríguez Demorizi publica íntegro el informe



sin día ni mes de 1843 que envió a los miembros del Gobierno Provisional en Puerto Príncipe, revelador de la ignorancia en que vivían del otro lado de la Línea de Aranjuez, hombres de gran preparación y prestigio en su patria, sobre la realidad dominicana. De ese informe reproduciré la parte inicial, porque en ese breve trozo emerge la figura apostólica de Duarte, plena de razón. Dice así:

*“En Dajabón, primer pueblo del nordeste, he encontrado un pueblo distinto, de otras costumbres, de otras inclinaciones; con un idioma diferente del nuestro, y me he visto obligado, la primera vez, buscar intérprete para mis comunicaciones con el pueblo. He obtenido, sin embargo, el buen resultado que deseaba; he organizado el servicio de la plaza; la administración de las rentas, el tribunal de conciliación. En seguida despaché hacia Santo Domingo, por vía de Las Matas y de San Juan, una brigada de mi ejército bajo las órdenes del coronel Paul Cupidon; y hacia Santiago, otra brigada, mandada por el general Agustín Cyprien”.*¹⁴

Todos sabemos lo que pasó después. Pero hay situaciones que merecen ser destacadas para comprender a cabalidad el clima en que se proyectaron el pensamiento y la acción política de Duarte, después de esa “visita” militar del general Charles Hérard Ainé (Riviere) al territorio dominicano. Ella arrojó tres resultados que fueron decisivos y aparecen estrechamente entrelazados en nuestra historia:

Primero, Duarte fue su gran víctima;

14. “Informe del General Charles Hérard Aine, Representante del Gobierno Provisional de Haití y Jefe del Ejército Expedicionario, que operaba en el Norte y el Este, 1943”. En Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*. Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955, pp. 283-284. (Academia Dominicana de la Historia, Vol. I).



Segundo, aceleró el movimiento de la independencia, y

Tercero, propició la injerencia de Francia en el proceso de la independencia dominicana.

Analizados desde esa perspectiva de conjunto, resultan mucho más apasionantes que aislados y en el caso de la persecución contra Duarte refuerzan la tesis, contraria a la de sus detractores futuros, porque en su época nadie se atrevió a acusarlo de falta de coraje, de que su salida del país fue desacertada e inoportuna, sino como maniobra política que Miguel Ángel Garrido explica en su *Siluetas* del prócer, cuando dice:

“Por remoto, por infranqueable que hubiera sido el sitio a que Duarte se acogiera en el país, para burlar aquella persecución desatentada, habría resultado insuficiente, porque la soberana nombradía de sus trabajos, la gigantesca estatura moral de su persona, el mismo impulsivo afán de sus discípulos por oír palabras de ordenanza de sus labios semiconvulsos ya por la emoción de la libertad cercana, lo hubieran delatado al patíbulo que iba en pos de él buscando al único de quien la redención dominicana lo esperaba todo en aquella hora solemne de los sagrados destinos.

*Ausente Duarte de la patria, la propaganda se salvó, pero no se salvó únicamente por la pujanza de los que quedaron animándola, siempre obedientes a los dictados del Fundador, refugiado en Curazao, y obedientes siempre a sus consejos y ordenanzas, como que reconocían en él al jefe indiscutible; sino porque el haitiano, que no tuvo más importante desvelo que la figura de Duarte, creyó salvada su dominación con la ausencia de éste; y aunque persiguiera a sus discípulos no lo hizo con la actividad, ni el encono, ni la audacia, ni el ahinco frenético que desplegara contra el Maestro”.*¹⁵

15. Miguel Ángel Garrido. *Siluetas*. Santo Domingo, s/e, 1902, pp. 10-11.



Los hechos históricos demuestran que la apreciación de Garrido es correcta. Entre el 2 de agosto de 1843, fecha en que Duarte, acompañado de los dos trinitarios más activos en las jornadas revolucionarias de la Reforma, Pedro Alejandrino Piña y Juan Isidro Pérez, partió clandestinamente hacia el exilio, y el 15 de marzo de 1844, día que regresó al país, ese mismo Gobierno del general Charles Hérard Ainé, cuya feroz persecución contra Duarte no tuvo límites, no persiguió ni apresó a nadie; no registró ninguna conspiración ni mostró la más ligera preocupación por lo que llamaba “*sus provincias del Este*”. Todo lo contrario: ya en enero de 1844, había puesto en libertad a todos los prisioneros del año anterior, y hasta los dominicanos Regimientos 31 y 32 fueron alistados para su regreso en febrero a Santo Domingo.

En medio de esa plácida quietud, fue que se produjeron en rápida secuencia los acontecimientos siguientes:

- 1) La representación del 16 de enero;
- 2) El trabucazo de Mella en la Puerta de la Misericordia;
- 3) La proclamación de la República;
- 4) La constitución de la Junta Central Gubernativa;
- 5) La capitulación del general Etienne Desgrotte;
- 6) La partida de la goleta *Leonor* para Curazao en busca de Duarte; y
- 7) El resurgimiento del Plan Levasseur, envuelto en la Resolución del 8 de marzo, donde la Junta Central Gubernativa le pedía al cónsul francés Eustache Juchereau de Saint-Denys, que gestionara ante su Rey a cambio de la entrega de nuestra soberanía el Protectorado de Francia. Pero, ¿en qué consistía el Plan Levasseur? No voy a comentarlo, sino simplemente a desplegarlo ante ustedes para que no se olvide. Rezaba así:



“1. La parte oriental de la Isla de Santo Domingo, conocida por española, tomará el nombre de República Dominicana, libre e independiente, administrándose por sí misma.

2. Francia se obliga a favorecer su emancipación y a suministrar todo lo necesario para establecer y consolidar su gobierno; como también a dar los subsidios indispensables a las necesidades de la administración.

3. Armas y municiones serán dadas por la Francia en cantidad suficientes para armar la parte activa de la población que sea llamada bajo las banderas de la Independencia.

4. El Gobierno Francés nombrará un Gobernador General para desempeñar las funciones del Poder Ejecutivo que durarán 10 años; no obstante, el Gobierno Francés se compromete a no retirarlo si el Senado pide su permanencia.

5. Las puertas de la República se abrirán a la inmigración de todos los pueblos.

*6. En reconocimiento de la alta protección de la Francia, la península de Samaná se renuncia y abandona a perpetuidad en favor de la Francia”.*¹⁶

Cuando Duarte llegó a la Patria el 15 de marzo de 1844, conoció el Plan Levasseur por la mencionada Resolución del 8 de marzo, cuya tinta estaba todavía fresca y de cuyo articulado Tomás Bobadilla sólo había suprimido el punto 4to., por el que se solicitaba a Francia el nombramiento de un Gobernador General. Hay que dar por descontado que la oposición del fundador de La Trinitaria a semejante atentado a la soberanía fue inmediata y radical, mucho más tajante porque entre sus firmantes, como miembro de la Junta Central Gubernativa,

16. Manuel A. Machado Báez. *La Trinitaria*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1956, p. 86.



estaba Francisco del Rosario Sánchez, trinitario de pura cepa. Pero en ese momento supremo, todas las voluntades y todas las miradas estaban volcadas y dirigidas a la frontera.

El ofrecimiento de paz, hecho por la Junta Central Gubernativa al presidente de Haití, Charles (Riviere) Hérard, desde el 9 de marzo, había tenido por única respuesta la orden de movilización general del Ejército Haitiano. La guerra, pues, representada por nuevas invasiones, se hizo inevitable. Pero después de las victorias de Azua y de Santiago (19 y 30 de marzo), mejor dicho: no obstante esas victorias, volvió a resurgir el fantasma del Protectorado, accionado por el binomio Tomás Bobadilla-Pedro Santana y respaldado por el que formaban el cónsul Saint-Denys y el almirante De Moges (francés). Contra esa poderosa coalición, Duarte se lanzó a la lucha, armado con el pensamiento político utilizado para forjar, como organización revolucionaria y como escuela de patriotismo, La Trinitaria. Esa lucha como se sabe, fue librada en el seno mismo de la Junta Central Gubernativa, como lo prueban los acontecimientos que voy mencionar en rápida secuencia.

El día 21 de marzo, es decir, tres días después de la Batalla de Azua, como miembro de la Junta Central Gubernativa y como comandante del Departamento de Santo Domingo, Duarte fue nombrado y puesto al frente de una formación militar, destinada a reforzar al general Pedro Santana y en caso necesario reemplazado en la Campaña del Sur. El día 1° de abril, ante la negativa de Santana a tomar la ofensiva, Duarte escribió a la Junta Central Gubernativa, pidiéndole autorización para hacerlo con la división bajo su mando. El 4 de abril, la Junta Central Gubernativa ordenó a Duarte que dejara la columna bajo su mando en Sabana Buey y regresara



a Santo Domingo, acompañado solo de su Estado Mayor. El 10 de mayo, Duarte pidió a la Junta Central Gubernativa ser incorporado a la expedición militar que debía partir de Santiago hacía el Sur, camino de Constanza. El 26 de mayo, Tomás Bobadilla promovió una reunión de notables, incluyendo a los miembros de la Junta Central Gubernativa y al Arzobispo Portes Gil, en la que se produjo una airada protesta de Duarte, al ser propuesta nuevamente la necesidad del Protectorado de Francia. El 9 de junio, los trinitarios con Duarte a la cabeza, tomaron el poder por medio de un golpe de Estado revolucionario, que limpió de anexionistas y partidarios del protectorado de la Junta Central Gubernativa.

Entiendo y así lo proclamo aquí, que los dos momentos culminantes de Duarte, superados sólo por su milagrosa presencia en el Cibao en plena Guerra Restauradora, todos ellos testimonios fehacientes de que su patriotismo estuvo siempre acompañado del coraje, son la Protesta del 26 de mayo y el Golpe Revolucionario del 9 de junio. Y entiendo también que estando Bobadilla y sus secuaces en fuga, si no hubiera sido por el apoyo del cónsul francés Saint-Denys y del almirante De Moges, Santana hubiera entregado el mando del Ejército del Sur, acorralado como estaba por una opinión pública cada vez más adversa.

Reconstruyendo y viendo pasar ante mi vista esos acontecimientos, comprendo a cabalidad que Duarte, al tiempo que luchaba contra fuerzas tan poderosas, se preocupaba en preparar un proyecto de Carta Magna; documento que afortunadamente no cayó en manos de los sicarios de Santana y Bobadilla; constituyéndose así junto con sus cartas, en las fuentes que han permitido conocer y estudiar su pensamiento político. De ese venero, reducido hasta casi la extinción por



la perversidad de sus enemigos, puedo sin embargo abreviar ideas claras, certeras y vigorosas, sobre la política, la libertad, la nación, el gobierno y la ley. He aquí algunos ejemplos:

“La política no es una especulación; es la Ciencia más pura y la más digna, después de la Filosofía, de ocupar las inteligencias nobles”.¹⁷

“En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esa ley, contra ese querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto de como es en realidad; esa fracción, o mejor diremos, esa facción, es y será siempre todo, menos dominicana; así se la ve en nuestra historia, representante de todo partido antinacional y enemigo nato por tanto de todas nuestras revoluciones; y si no, véanse ministeriales en tiempo de Boyer y luego rivieristas, y aún no había sido el 27 de Febrero, cuando se le vio proteccionistas franceses y más tarde anexionistas americanos y después españoles”.¹⁸

“Siendo la Independencia Nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley Suprema del pueblo dominicano es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera, cual la concibieron los fundadores de nuestra asociación política al decir, el 16 de julio de 1838:

17. “Carta de José Gabriel García. Caracas, 29 de octubre de 1869”. *Ideario*, p. 16.

18. “Carta a Félix María Del Monte”. *Ideario*, p. 14.

*DIOS, PATRIA Y LIBERTAD, REPÚBLICA DOMINICANA, y fue proclamada el 27 de febrero de 1844, siendo, desde luego, así entendida por todos los pueblos, cuyos pronunciamientos confirmamos y ratificamos hoy; declarando, además, que todo gobernante o gobernado que la contrarie, de cualquier modo que sea, se coloca **ipso facto** y por sí mismo fuera de la ley”*.¹⁹

“La Nación dominicana, es libre e independiente y no es ni puede ser jamás parte integrante de ninguna otra Potencia, ni el patrimonio de familia ni persona alguna propia y mucho menos extraña”.²⁰

“La ley es la que da al gobernante el derecho de mandar e imponer al gobernado la obligación de obedecer. (...) Toda autoridad no constituida con arreglo a la ley es ilegítima y por tanto, no tiene derecho alguno a gobernar ni se está en la obligación de obedecerla”.²¹

Teniendo esos principios por divisa, fue que Duarte se lanzó a la acción que culminó con el Golpe Nacionalista y Revolucionario del 9 de junio de 1844. Y es válido afirmar que sin su intransigencia patriótica, siempre apegado a los principios que sirvieron de base a La Trinitaria, su fundador no fuera lo que es hoy para el pueblo dominicano: paradigma del patriota integérrimo y del guía que señala el camino limpio para alcanzar las reivindicaciones más caras. El plan que propugnaban Bobadilla, Santana, Saint-Denys y De

19. “Proyecto de Ley Fundamental. (Archivo de Duarte)”. *Ideario*, pp. 7-8.

20. “Carta al Gobierno Provisorio de Santiago. Guayubin, 28 de marzo de 1864”. *Ideario*, p. 12.

21. “Proyecto de Ley Fundamental (Archivo de Duarte)”. *Ideario*, p. 12.



Moges, atentaba contra la integridad territorial de la Nación Dominicana, convirtiendo por lo menos a los dos primeros en reos de lesa Patria. Pero, como el Movimiento del 9 de Junio, debido a la injerencia extranjera, fracasó finalmente, no es extraño que se le calificara de motín precipitado. Otro argumento utilizado para condenar la acción del 9 de Junio y a sus autores, es el que señala que al momento de producirse ya Francia había rechazado los proyectos de protectorado sobre la República Dominicana.

Nada más incierto que lo expresado anteriormente. Duarte sabía, como en efecto era, que el nudo gordiano de toda aquella conspiración antinacional, no estaba formado únicamente de las ambiciones colonialistas de Francia, sino de los millones de indemnización que en 1825 Boyer se había comprometido pagar a los colonos franceses de Saint-Domingue; deuda que una asociación formada por agentes franceses, traidores dominicanos y mandatarios haitianos, al cabo de 9 años, querían pagar con un pedazo del territorio dominicano: la Península y Bahía de Samaná.

Por eso la persecución desatada contra él y sus seguidores, tan pronto Santana se hizo cargo de la dirección de la Junta Central Gubernativa, resultó tan tenaz como la de 1843. La prueba de esa terrible verdad se hizo patente, cuando al regresar de Europa, aislado por incorruptible, Duarte pudo comprobar que las ambiciones que había estado combatiendo, no eran privativas de Santana, sino que anidaban también en el alma de muchos que decían ser sus enemigos. Relata:

“Llegué a Saint-Thomas y me encontré rodeado de consejeros. Unos querían pasarse a Haití, que me facilitarían recursos para vengarme de Bobadilla,... otros que escribiera a España pidiendo auxilio para enarbolar el pabellón español,



*todos pensaban en favorecer sus intereses, ninguno los de la patria. Mi negativa me atrajo malas voluntades de las que más tarde sufrí las consecuencias”.*²²

Pero aún así, casi totalmente aislado, Duarte seguía siendo el más peligroso enemigo, la más alarmante amenaza, especie de pupila acusadora que quitaba el sueño a los enemigos de la Patria. Por eso decidieron castigarlo, sin darse cuenta que al hacerla llenaban sus nombres de ignominia. La noticia cayó como un rayo en la pequeña colonia de Saint-Thomas: El déspota Pedro Santana, cuyo primer consejero era el cónsul francés Eustache Juchereau de Saint-Denys, había conmemorado el primer aniversario de la Independencia Dominicana, fusilando a María Trinidad Sánchez, acusada de pertenecer al partido duartista y de conspirar contra la seguridad del Estado. Después, otra “advertencia” llegó igualmente pesadosa al corazón de Duarte: su familia fue expulsada del lar nativo, sin ningún respeto hacia la ancianidad de su madre. La proximidad de ambas medidas punitivas: 27 de febrero y 3 de marzo, no deja lugar a dudas sobre el objetivo perseguido por sus ejecutores. Con motivo del fusilamiento de María Trinidad Sánchez, Duarte emitió un pensamiento probatorio de que estaba bien informado sobre lo que pasaba en Santo Domingo, dejando constancia de paso, que para él lo más importante era la independencia de su Patria. Es un pensamiento que, por encima del dolor y la ira, deja traslucir la grandeza del patriota:

“Y mientras yo rendía, en mi inicuo destierro, gracias a la Divina Providencia porque me había permitido ver transcurrir

22. “Diario de Duarte, diciembre 24 de 1844”. En Emilio Rodríguez Demorizi, Carlos Larrazábal Blanco y Vetilio Alfau Durán. *Apuntes de Rosa Duarte*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1970, p. 93 (Instituto Duartiano, Vol. I).



*el año sin menoscabo de esa independencia tan anhelada, en mi ciudad natal santificaban tan memorable día los Galos, cubriendo de sangre y luto mis amantes lares y arrastrando cuatro nobles víctimas a infame suplicio”.*²³

La acusación está claramente formulada: no son dominicanos sino galos, franceses, quienes han festejado el primer aniversario de la Independencia con semejante crimen. Duarte conocía, aunque lo callara por táctica, el verdadero papel que en la política dominicana estaban jugando y habían jugado los cónsules franceses en Santo Domingo y Puerto Príncipe. Se dio perfecta cuenta de que el poderío de Francia con sólo inclinarse ligeramente a favor de Haití, podía destruir en un instante la precaria independencia dominicana. Las desmesuradas propuestas del Plan Levasseur, cuya aplicación frustró a su hora el patriotismo de Duarte, dan la medida de la amenaza constante en que vivió la República Dominicana en sus primeros años de frágil independencia; amenaza que persistió hasta que el pueblo de París, guiado por los románticos franceses de 1848, derribó nuevamente la monarquía y proclamó la Segunda República Francesa. Pero hasta entonces, hasta que el Movimiento Romántico francés, encarnado en Alphonse de Lamartine, como Ministro de Relaciones Exteriores, no reconoció a la República Dominicana, hubo el peligro de que a causa de la deuda contraída por Boyer en 1825, naufragara el proyecto de Duarte y el pueblo dominicano volviera a la situación anterior a 1844.

Por eso no estoy de acuerdo con los que opinan que Duarte abandonó a Saint-Thomas en 1846, desencantado

23. “Diario de Duarte, febrero 27 de 1945”. *Apuntes de Rosa Duarte*, pp. 94-95.



por los resultados negativos de su esfuerzo patriótico, como alma débil que huye espantada de la realidad que la circunda, porque en ese caso le hubiera bastado con permanecer en Caracas, alejado de toda actividad revolucionaria y arrepentido de su obra. No. Esa opinión está negada por los hechos; por el criterio que Duarte tenía de la política y el respeto que le merecían las convicciones patrióticas del pueblo dominicano. Lo que no quiso nunca Duarte, ni lo hizo en los años 1940, ni tampoco en los 1960, fue obstaculizar lo que podía beneficiar a su pueblo, empañar siquiera la imagen de la criatura por él creada: la República Dominicana.

Para Duarte la Política, después de la Filosofía, era la actividad más pura y digna a que se podía dedicar el hombre, mientras en Santo Domingo no había más que un pueblo que deseaba ser libre e independiente de toda potencia extranjera, agredido por una facción que podía calificarse de todo menos de dominicana, antinacional y enemiga por tanto de toda manifestación revolucionaria del pueblo, cuyos integrantes fueron ministeriales en tiempo de Boyer, luego partidarios del general Riviere Hérard, después proteccionistas franceses, más tarde anexionistas americanos y a continuación españoles. ¿Quién antes había flagelado en forma tan certera a los mercaderes de la patria? Duarte lo pudo hacer, porque siempre actuó dando el más alto ejemplo de limpieza moral, de dignidad patriótica y ciudadana. Al abandonar Caracas hacia las selvas venezolanas, hasta la frontera con Brasil, donde ni el recuerdo de su nombre pudiera dañar la vida independiente de su pueblo, estoy seguro de que lo hizo confiando en que la República Dominicana no sería borrada del concierto de las naciones libres, como la única manera de poder decir: ¡Yo soy dominicano!



Sé de sobra que los ministeriales, rivieristas, afrancesados y anexionistas de todos los colores que de tumbo en tumbo terminaron por hundir la República Dominicana en el pantano de la Anexión, provocando lo que precisamente trataban de evitar: el imponente movimiento revolucionario que finalmente estalló el 16 de agosto de 1863.

Entonces, pero afortunadamente no antes de que la Guerra Restauradora fuera irreversible, llegó la hora para Duarte de regresar al seno de la Patria. ¿Por qué entonces y no antes? habría que preguntar.

Históricamente quien se encargó de dar respuesta a esa pregunta fue nada menos que el *Diario de la Marina* de La Habana, órgano del integrismo colonial español, partidario del racismo y de la esclavitud, lanzando duros ataques contra el patriota ejemplar y calificándolo de agente de la política yanqui en el Caribe. De esa manera los colonialistas españoles ponían en evidencia la importancia que daban a la presencia de Duarte en el escenario de la guerra y lograron lo que se proponían: crear recelos, dividir; pero por encima de todo, impedir que su nacionalismo intransigente interfiriera a favor de su Patria en las negociaciones de paz con el Gobierno Restaurador, consideradas por las autoridades coloniales de Cuba: es decir: España, como la única forma de poner fin a lo que era ya un verdadero desastre militar. Pero la respuesta de Duarte no se hizo esperar, dirigida más que a nadie a sus conciudadanos y a la posteridad:

“(...) Ahora bien, si me pronuncié dominicano independiente desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de Patria, Libertad, Honor Nacional se hallaban proscriptos como palabras infames, y por ello merecí, en el año de 1843, ser perseguido a muerte por esa facción entonces haitiana, y por

*Riviére que la protegía, y a quien engañaron; si después, en el año 1844, me pronuncié contra el Protectorado Francés, decidido por esos facciosos, y la cesión a esta potencia de la Península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en la mano contra la Anexión a España llevada a cabo a despecho del voto nacional por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar, y conmigo todo buen dominicano, cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la Anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquier otra potencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra Independencia Nacional y a cercenar nuestro territorio o cualquiera de los derechos del Pueblo Dominicano”.*²⁴

Infortunadamente el Gobierno Restaurador, cuando todavía era presidido por Salcedo, no supo o no quiso rechazar el chantaje español, procediendo a pedirle a Duarte que aceptara salir al extranjero como enviado plenipotenciario. ¡Pero, entonces resultó lo increíble! Que después de derrocado Salcedo, siendo encargado de la cartera de Relaciones Exteriores, nada menos que Francisco Ulises Espaillat tan injusta decisión no fuera revocada.

Al abandonar nuevamente la Patria en cumplimiento de la misión que le había sido confiada, dos sentimientos contradictorios debieron embargar el ánimo del primero de

24. “Carta al Ministerio de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional Restaurador de Santiago, Caracas, 7 de marzo de 1865”. *Apuntes de Rosa Duarte*, pp. 122-123.



nuestros fundadores: la alegría de saber segura la victoria del Pueblo Dominicano en armas y la tristeza de saber que tenía nuevamente entre sus manos crispadas el báculo del proscrito. Pero mayor debió de ser su amargura al contemplar el espectáculo que a poco de ser firmada la paz con España, los herederos de los ministeriales del tiempo de Boyer, los nuevos rivieristas, los émulos de los afrancesados, los anexionistas que presionaron para hacer inapelable su salida al extranjero, preparaban en la sombra el regreso de Buenaventura Báez al país.

Ese solo detalle explica que la misión que le encomendara el Gobierno Restaurador, cuando todavía el pueblo dominicano estaba en armas, se convirtiera para Juan Pablo Duarte, mientras vivió, en su último extrañamiento de la Patria. Pero no deposito todas mis tristezas sobre el recuerdo de su sagrado nombre... Bolívar, cuando partió de Bogotá para su último destino de Santa Marta, *“proscripto y detestado por los mismos que gozaron de sus favores”*, como él mismo dijera, llevó tras de sí una poblada que le gritaba, insistente y procaz: *“¡Longaniza! ¡Longaniza!”*. San Martín murió olvidado en un lejano pueblito de Francia. José Martí marchó hacia el sacrificio de Dos Ríos con el corazón herido de muerte, porque sus detractores se complacieron en calificarlo de iluso capitán araña.

Parece, amigos míos, que ese es el destino y el precio que tienen que pagar los que se dedican a libertar pueblos y a fundar naciones, para que su recuerdo y su ejemplo sean imperecederos.

Gracias, muchas gracias”